

La cultura de hacer política
Discursos y artículos

Colección "PENSAMIENTO"

La cultura de hacer política
Discursos y artículos

Dr. Armando Hart Dávalos

El Trucano de los moderados

*Renovar la modernidad
desde la Ilustración*

*Edición y Revisión: Inés J. Pérez García
Diseño y Composición: Inés J. Pérez García*

*Este manual ha sido publicado
por el Consejo del Programa Editorial
Calle 103 con Calle 4, Vedado
Cuba de la Habana, 1994
Año 2004*

Edición y Revisión: Imeldo Alvarez García
Diseño y Composición: Orestes García Díaz

Este material ha sido publicado
por la Oficina del Programa Martiano
Calzada No. 807 esq. Calle 4, Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba
Año 2000

La cultura de hacer política

*El pensamiento de José Martí
en la Revolución cubana*

El fracaso de los moderados

*Renovar la modernidad
desde la Ilustración*

La cultura de hacer política

Discurso pronunciado por el doctor Armando Hart Dávalos, el 11 de agosto del 2000, en el Centro de Estudios Martianos en el acto de presentación conjunta de los textos *El Manifiesto de Montecristi* y *La Historia me Absolverá*, en homenaje a la entrañable fecha del 13 de agosto, cumpleaños de nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz.

Las Oficinas de Publicaciones y del Programa Martiano, y el Centro de Estudios Martianos, adscriptos al Consejo de Estado, decidieron honrar el aniversario del natalicio de nuestro Comandante en Jefe, el 13 de agosto, editando conjuntamente el *Manifiesto de Montecristi* y *La Historia me Absolverá*, para subrayar la necesidad de que los investigadores, estudiantes de la obra del Apóstol, maestros, historiadores y martianos en general estudien las formas de hacer política de José Martí y Fidel Castro como parte de la identidad nacional cubana. Es esto lo que tengo interés en subrayar hoy como homenaje a la entrañable fecha del 13 de agosto.

Lo que he llamado «la cultura de hacer política» que ambos representan revela el fruto más puro y útil de la historia de las ideas cubanas. Obsérvese que no digo cultura política que, desde luego, fue la fuente esencial de la cual se nutrió la inmensa sabiduría contenida en ambos documentos; me refiero a las formas prácticas de su materialización y las maneras de vencer objetivamente los obstáculos que se levantan ante todo proyecto trascendente. Los dos tienen fundamentos históricos y filosóficos que es preciso conocer para entender mejor el entretejido que los une y les brinda eficacia práctica.

Por el análisis del quehacer político ha de empezarse para entender y promover la masividad de la cultura a que está llamando nuestro Comandante en Jefe. En cuanto a Cuba, para lograr tal propósito, es lo que debemos estudiar como orientación fundamental; respecto al mundo tenemos que hacerlo tomando como fuente el inmenso arsenal de la cultura martiana a la luz del 150 aniversario del natalicio de nuestro Héroe Nacional en el año 2003.

El punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Nuestra tradición cultural subraya, asimismo, la necesidad de hallar formas de acción y movilización social que resulten eficaces para la materialización de los objetivos propuestos. Allí es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura de Fidel. Por ello mis memorias de los años 50, recogidas en el libro *Aldabonazo*, las dediqué a su persona. Señalé que él lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo XX; ahora agrego: es la que se necesita en la próxima centuria. Para tal propósito resulta necesario, como se viene haciendo, investigar las raíces de este saber en la mejor tradición intelectual y política del siglo XIX cubano.

De Félix Varela dijo José de la Luz y Caballero que fue el hombre que nos enseñó a pensar; podemos agregar: Luz nos enseñó a conocer, Martí a actuar y Fidel a vencer. Empleando una expresión del Maestro puede hoy decirse: este «hilo invisible» de ideas une a dos siglos de historia. Estúdiese lo que enlaza a estos hombres en la memoria cubana de dos siglos y podremos despejar el misterio del programa ultrademocrático de José Martí, a lo cual nos convocaba en los años 20, Julio Antonio Mella, y las razones económicas, sociales, políticas y culturales que han hecho invencible a la Revolución cubana.

¿Cómo ocurrió este proceso de ideas? Varela y Luz recibieron la más elevada cultura europea que culminó en la Ilustración, los enciclopedistas y la llamada modernidad y, por tanto, la expresión más cimera del pensar científico alcanzada por la evolución histórica occidental. A su vez, asumieron de forma pura, sin las mistificaciones de la sociedad

européa, la herencia ética de raíz cristiana, cuyo primer antecedente en América se remonta al siglo XVI con Fray Bartolomé de las Casas. La originalidad y mérito de estos maestros está en que no pusieron en antagonismo la creencia en Dios con los progresos de la ciencia; esto en la primera mitad del siglo XIX es un milagro, entendiendo este calificativo con el significado que señala el diccionario: «suceso o cosa rara, extraordinaria y maravillosa». De esa manera los mejores principios éticos de la civilización occidental, contenidos en el mensaje de Jesús de Nazaret, resultaron válidos para creyentes y no creyentes. No se presentaron en contradicción con la cultura de la «edad de la razón» ni, por consiguiente, con los ideales más progresistas y humanistas del siglo XIX, entre ellos el pensamiento liberal, el masónico, etcétera.

Estos valores nutrieron el ideario de los fundadores de la nación. Céspedes y Agramonte fueron sus más genuinos representantes. Se articularon, a su vez, con lo que he llamado la cultura de los Maceo, que incluía las más diversas corrientes, tal como llegaron a la región oriental de Cuba a través del Caribe, y la población esclava y explotada en general los asumió con un carácter propio, singular, recreándola y orientándola a favor de la justicia social. Este proceso constituyó un antecedente de lo que hemos llamado, en nuestra época, cultura de la emancipación.

De toda esta inmensa sabiduría se nutrió la mentalidad privilegiada y de refinada sensibilidad poética, ética y política de José Martí. Admira apreciar cómo el Apóstol denunció, desde finales del siglo XIX, la grave crisis de la modernidad norteamericana, que hoy alcanza muchas más peligrosas consecuencias, y describió el carácter que ellas

tenían, derivado del divorcio entre el crecimiento de la riqueza impulsado hacia el individualismo feroz y las enormes limitaciones de la vida espiritual. Sobre estos fundamentos el Maestro incorporó a la tradición decimonónica cubana dos elementos esenciales: de un lado, el conocimiento profundo y minucioso de Estados Unidos, los peligros de su expansión por América y el mundo, el estudio de lo que llamó «gérmenes funestos» que iniciaban entonces en aquella república su obra de destrucción; de otro, las formas prácticas que debían aplicarse para lograr la independencia y asegurarla hacia el futuro; es decir, la unidad de nuestro pueblo.

Estos dos aspectos, el antimperialismo y la práctica política, de fundamentación ética universal, están presentes en la médula de la cultura de Fidel. Su gran aporte ha sido enriquecer los modos martianos de hacer política en las condiciones creadas por el desarrollo científico-técnico, en especial en las esferas de la información y de la promoción de las ideas; esto, sobre el fundamento y la orientación del ideal antimperialista y socialista, tal como se proyectó en el siglo XX. Todo ello da respuesta a la expresión popular: **que tiene Fidel, que los americanos no pueden con él.**

Sobre la base de la tradición y enseñanzas martianas, Fidel desarrolló en nuestra centuria la idea revolucionaria de **unir para vencer**. Superaba así la vieja divisa reaccionaria de **divide y vencerás**. No es fácil encontrar, en la historia de los países occidentales, políticos de la estatura de Fidel Castro y de su maestro, el héroe de Dos Ríos. Esto se fundamenta — como no me cansaré de repetirlo — en los principios éticos de valer universal de nuestra cultura y poseen argumentación lógica y filosófica, que resulta indispensable estudiar con

mayor profundidad en nuestro país y proyectarlos a escala internacional.

Veamos sus fundamentos lógicos. Tomemos, como punto de partida, el análisis de la tesis reaccionaria contenida en **divide y vencerás**. Ella ha sido, como se sabe, el principio aplicado en la dilatada historia política de las sociedades clasistas desde Roma -con su divisa *divide et impera*- pasando por Maquiavelo, que fue el más profundo analista político de los tiempos en que el capitalismo emergía en el seno de la sociedad feudal, hasta la política imperialista en nuestros días. Una máxima que recorre la historia de la civilización occidental.

Pues bien, hoy la política basada en la idea de dividir para vencer ha entrado en crisis, pues ella no es ya eficaz para un mundo globalizado que necesita integrar esfuerzos con el objetivo de enfrentar los dramáticos desafíos que tiene ante sí. La defensa de intereses individuales de grupos o de clases sociales en particular, ha descansado siempre en fragmentar a todos los que entorpezcan la consecución de sus intereses y ambiciones; pero si se plantea una aspiración que resulte de interés para toda la humanidad, cualquier forma que divida será contraproducente. Los propósitos altruistas a escala universal, como lo reclama el siglo XXI, sólo pueden lograrse sobre el principio de unir para vencer. La consigna reaccionaria, por tanto, debe ser superada por una cultura superior de ejercitar la política.

La manera en que podemos asumir la experiencia martiana y fidelista para enfrentar estos problemas está en dejar atrás todo sectarismo, promover la unión en empeños comunes, situar los objetivos inmediatos más importantes y que, en todo caso, sean las personas, individualmente, las que se

alejen por su propia voluntad del propósito unificador. Quedarán así aisladas. Esto no excluye el esclarecimiento cultural profundo, por el contrario, lo exige. He ahí la complejidad y sutileza de la cuestión.

Ello fue lo que hizo Martí para fundar, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano y organizar la Guerra Necesaria. No tengo que explicar esa historia porque ustedes la conocen bien. Su vida y obra confirman que su valor político esencial estuvo en lograr la unidad de los cubanos en la lucha por ser libres del colonialismo español. No lo logró haciendo concesiones o aceptando los argumentos mediacionistas con los intereses que negaban la posibilidad de la independencia radical, muy por el contrario, nadie fue más crítico con el anexionismo y el reformismo. Lo rechazaba sobre fundamentos culturales y realizó así una labor de esclarecimiento de ideas que no significaba aplastar a las personas confundidas, las que pudieran y debían ser ganadas para la causa. Advirtió, asimismo, que nuestro país no sólo debía ser libre de España, sino también de Estados Unidos. Fue quien describió y denunció, primero que nadie en el mundo, el fenómeno del imperialismo. Baste recordar aquel párrafo de gran significación, que aunque mucho se ha repetido hace falta que se conozca más en el mundo. Dijo el Apóstol:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber --puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo-- de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar

ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

No considero necesario extenderme, como he dicho, en la historia y la vida de José Martí porque sus aspectos esenciales son bien conocidos; sin embargo, en la proximidad de este 13 de agosto, quiero compartir con ustedes algunas de las experiencias que he recibido de la vida revolucionaria de Fidel y que me llevaron a comprender y asumir esta cultura acerca de la práctica política fidelista.

Cuando en 1953, durante los sucesos del Moncada, Fidel fue interrogado inquisitivamente por el fiscal acerca del hecho de que en el apartamento de Abel y Haydée Santamaría habían encontrado libros de Lenin, él respondió algo así: «quien no haya leído a Lenin es un ignorante». Esta era una advertencia para todos los que hicieran política o aspiraran a hacerla. Lo era para ayer y lo es para hoy. Yo inmediatamente empecé a interesarme por estudiar a Lenin. No se podía, ni era racional ni justo, pretender que Fidel en aquel entonces hubiera hecho un planteamiento formal acerca de cómo los escritos de Lenin influyeron en la estrategia y táctica del Moncada, pero él siempre ha encontrado la forma de decir la verdad, brindar las orientaciones necesarias y llegar a todas las personas honestas que pudieran estar confundidas o no bien informadas, y albergaran dudas o prejuicios que no les permitieran adherirse a las posiciones más radicales.

En otra ocasión, cuando Faustino Pérez y yo, que pertenecíamos al Movimiento Nacional Revolucionario que dirigía el profesor Rafael García Bárcena, nos reunimos con Fidel tras su salida de la cárcel en 1955, nos planteó la incorporación

al Movimiento 26 de Julio en los siguientes términos: ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de estado, como era su concepción, entonces le darán su apoyo. Era una forma política inteligente y generosa: desde luego, nosotros desde entonces nos adscribimos al 26 de Julio.

Otro aspecto importante que se relaciona con lo anterior está en la comprensión de que la violencia como arma revolucionaria debe ser siempre responsabilidad de los reaccionarios y en esto vale recordar la expresión «la mujer del César no sólo tiene que ser honesta sino también parecerlo», clave para encontrar la raíz de los errores cometidos en la historia de los procesos revolucionarios de América Latina en los años 60 y 70. Observemos esta conclusión a la luz de una experiencia que tuvimos con Fidel.

Desde el 10 de marzo veníamos sustentando que la dictadura sólo podía ser derrocada por una revolución popular. Sin embargo, tras la amnistía, la táctica de Fidel no fue plantear de inmediato reiniciar la lucha armada. Los combatientes del Moncada acababan de ser amnistiados, por lo que no era lógico lanzar la consigna de insurrección. Esta responsabilidad no debía recaer en los revolucionarios, sino en la tiranía.

A pesar de los obstáculos, Fidel trató de buscar soluciones políticas. Pero el gobierno cerró todas las puertas; impidió la celebración de un acto convocado para el 20 de mayo de 1955 en la escalinata universitaria. Asimismo se habló de que Fidel compareciera en un conocido programa político de la televisión llamado **Ante la prensa**, y en el espacio

radial **La hora ortodoxa**, pero tampoco le fue permitido hacerlo.

Se comenzó a librar entonces la batalla política más importante: denunciar los crímenes cometidos el 26 de Julio de 1953 y los días subsiguientes.

Aunque esta acusación no era un llamado a la Revolución, hacía más daño a Batista que la posición insurreccional. Sin convocar a la guerra, Fidel desmoralizó al enemigo, al punto de que un funcionario que había sido gobernador en la antigua provincia de Oriente, Waldo Pérez Almaguer, no quiso responsabilizarse con los crímenes horrendos del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953, e incitado por la apelación pública de Fidel se dispuso a confirmarlos.

Batista no encontró más salida que desencadenar con mayor violencia la persecución de los fidelistas, y esto fue lo que hizo. Corríamos el peligro de que asesinaran a Fidel, a Raúl y a otros moncadistas, pues había indicios de que estos planes ya estaban en marcha. Era aconsejable tomar el camino del exilio para organizar la expedición armada. Raúl se asiló en la embajada de México; iba a la capital azteca a preparar la continuación de la lucha. Fidel partió hacia el mismo destino por el aeropuerto de Rancho Boyeros, el viernes 7 de julio de 1955.

La idea de una salida pacífica y su planteamiento público habían durado bien poco. Batista se encargó de demostrar con la persecución inmediata de Fidel y sus compañeros, que el único camino posible era el de la insurrección. Bastaron dos escasos meses para que el jefe de la Revolución pudiera formular nuevamente el planteamiento de la lucha armada.

Cuando salió de La Habana señaló: «De este viaje no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies».

Otra anécdota está relacionada con el Pacto de Miami en 1957. Este fue un acontecimiento decisivo en la historia de la Revolución. Sin aprobación del Llano ni la Sierra se constituyó en Miami una llamada Junta de Liberación en la que, según decían, aparecía nuestra organización. Por tales razones fui a la Sierra Maestra a los efectos de informarle a Fidel todos los detalles del acontecimiento: él redactó un mensaje radical rechazando el pacto pero, a su vez, llamando a la unidad insurreccional contra la tiranía. Este documento es de una enseñanza histórica bien elocuente acerca de una cultura revolucionaria de cómo se debe hacer la política.

Vamos a otra anécdota. Tras el triunfo de la Revolución, en el acto de la Plaza donde Fidel rasgó en pedazos los textos de diversos tratados que ataban al país al imperialismo en el terreno militar -que nos hacía enemigos especialmente de la URSS y la República Popular China- en el pueblo había una gran excitación y un decidido respaldo a aquella posición. Me acerqué a Fidel en aquella memorable jornada y le dije: «rompamos ahora con Estados Unidos»; él me contestó algo así: «eso que lo hagan ellos». Demostró una vez más su sabiduría política, la que recorre toda la historia de la Revolución.

En 1971 tuve el honor de formar parte de la delegación presidida por Fidel en su visita al Chile de Allende. Algunos compañeros chilenos, entrañables para nosotros, tenían importantes críticas al presidente Allende desde posiciones muy radicales. En una habitación de la residencia de nuestro Embajador en ese país un grupo reducido de ellos

dialogó con Fidel sobre estos problemas y explicaron sus fundamentos ideológicos. Fidel en aquella inolvidable reunión les señaló a aquellos compañeros: «ustedes, aquí en el cono sur, han estudiado doctrinas políticas y poseen una alta cultura, nosotros en el Caribe somos más prácticos» -concluyendo con esta expresión que nunca olvidaré-, «en Chile la revolución la hace Allende o no la hace nadie».

Para analizar estos métodos fidelistas tras el triunfo revolucionario, es muy importante tener en cuenta que durante el período comprendido entre 1952-1959 los representantes de los partidos tradicionales, alineados formalmente frente a la tiranía habían perdido, en el proceso de la lucha armada, toda posibilidad de dirigir el movimiento popular y representar al país. El liderazgo de la nación pasa definitivamente a Fidel Castro y al movimiento revolucionario iniciado en el Moncada. Cuando triunfa la Revolución el sistema pluripartidista cubano se había extinguido, la unidad de pueblo se había logrado en la insurrección, a la que no habían contribuido los partidos tradicionales, sino que, por el contrario, se convirtieron en obstáculo para derrocar a Batista.

Si no se entiende esto no se comprenderá jamás el proceso unitario de la Revolución cubana. En tales condiciones se produce, durante los primeros años, la integración de las fuerzas revolucionarias bajo la dirección de nuestro Comandante en Jefe. Este fue un hecho nacido, orgánica y naturalmente, en aquellos tiempos memorables. De tal proceso nació el Partido Comunista de Cuba, a partir de la unión de tres organizaciones: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular.

Una vez más Fidel mostró su política martiana de poder catalizador y armonizador que, con su talento excepcional y su sentido humanista, vence las dificultades que siempre presentan diversas formas de sectarismo. Así surgió nuestro Partido, fue el de la unidad de todos los revolucionarios. Está por hacer la historia de cómo se gestó, y las dificultades que se tuvieron no fueron pocas; vencerlas fue uno de los méritos del liderazgo, la inteligencia y el espíritu de justicia con que Fidel siempre ha manejado los temas humanos y políticos.

La Constitución de la República, aprobada en 1976 por amplio y democrático plebiscito popular, señala que nuestro Partido «...*martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista*», tiene sus fundamentos históricos nacionales muy diferentes a como se desarrolló esta experiencia en otros países, en muchos de los cuales, por cierto, existían varios partidos. El socialismo teóricamente no tiene por qué rechazar el pluripartidismo, es un asunto de la historia de cada país; en el nuestro para unir y vencer no pueden existir varios partidos. Si se cometiera la locura de violar este principio se le daría oportunidad a los mafiosos, delincuentes y entregados al imperialismo.

La unidad es un prerrequisito en la Revolución cubana para la genuina democracia humanista. El aporte esencial de Fidel sobre este tema debe ser estudiado, no para que se copie en otros países, sino para que se conozca y comprenda la experiencia histórica del nuestro.

En Fidel, heredero de la cultura cubana y latinoamericana, se articularon dos corrientes de la tradición occidental; ellas son:

1. *La evolución del pensar científico* que concluyó en su más alta escala con el pensamiento científico, racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.

2. *La tradición del pensamiento utópico* que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas.

En cuanto al pensamiento socialista, tal como está presente en la cultura de Marx, Engels y Lenin, Fidel hace un aporte excepcional. Representa la única interpretación válida para los tiempos que vivimos y los de la próxima centuria.

En los años 60 nuestro Comandante en Jefe se colocó en la avanzada del movimiento revolucionario internacional, proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la

izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, se ha colocado hacia el siglo XXI en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Sus ideas están en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento filosófico -subrayo la palabra filosófico- de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. No hay otra alternativa: o la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Coronar la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y específicamente éticos de la historia universal, es la única posibilidad de sobrevivir para una civilización agotada espiritualmente. En la tradición de dos siglos de ideas que se integran en el acervo cultural de la nación y que Fidel representa, está nuestra fuerza, la que nos cohesiona y también la que nos permite presentarnos internacionalmente.

El proceso iniciado en el Mondada el 26 de Julio de 1953, que a partir del Granma tomó fuerza decisiva y condujo al derrocamiento del ejército al servicio de las oligarquías y del imperialismo yanqui, a la caída de la tiranía y a la liquidación del sistema político, económico y social neocolonial, marcó definitivamente una nueva etapa en la se-

gunda mitad de nuestra centuria en el hemisferio occidental. La proclamación por Fidel del carácter socialista de la Revolución, en 1961, y la vigencia de ésta durante 40 años, terminó para siempre con las formas que había tomado en nuestro siglo el poderío «imperial de Estados Unidos y los obligaba, y obliga, a ajustar su política a los nuevos tiempos. Si nueve administraciones no lo han hecho, es porque están retrasados en la historia, son ellos los que pertenecen al pasado.

Luego, en los años 90, tras la caída del llamado «socialismo real» y disolución de la URSS, Cuba, al resistir heroicamente y mantener viva y más fuerte que nunca sus ideales socialistas, ha realizado una segunda revolución y dado un nuevo ejemplo imperecedero para la humanidad y, en especial, para América Latina.

Esto ha sido posible por la política fidelista de fundamentación martiana, lo cual constituye una lección imborrable en la historia. Su prerrequisito esencial ha estado en la unidad popular y en la fundamentación cultural, en cuyo corazón se halla la aspiración de justicia universal que el genio de Fidel asumió de la inmensa tradición cubana y latinoamericana de cosmovisión bolivariana y martiana. Quienes en el presente, el futuro inmediato o lejano pretendieran borrar de la conciencia de las masas estos ejemplos, deben saber que la acción criminal les causará los más graves problemas al propio sistema que representan; no hay vuelta atrás, y si se intentase son impensables las desastrosas consecuencias que ello tendría, no ya para Cuba sino para América y el mundo.

El fundamento de estos métodos, lo señalábamos desde el principio, está en las profundas convicciones éticas y de-

mocráticas cubanas de valer universal. Es necesario basarse en ellas para asumir eficazmente los grandes temas de nuestro tiempo. A esta conclusión nos llevó la idea martiana de organizar *una república con todos y para el bien de todos*. Las raíces de estas ideas y propósitos se hallan en el ideal integrador y emancipador de nuestra América.

Tanto en Martí como en Fidel se revela una decidida vocación de universalidad. Desde los tiempos de Cayo Confite hasta la ayuda internacionalista que prestan nuestros médicos ha sido una constante en la política de Fidel. Los ejemplos están en el aliento y apoyo a los movimientos de liberación nacional en varios continentes, que nos ejemplificamos en su grado más alto en el Guerrillero Heróico Ernesto Che Guevara; está presente en los combatientes cubanos que lucharon y murieron en África.

Como fundamento de esta historia, ha de tenerse muy en cuenta lo siguiente: la cultura latinoamericana y caribeña forjó una altísima sensibilidad en relación con el Hombre y la Naturaleza, que posee la particularidad de desarrollarse sobre el fundamento de tres grandes categorías: la ética, la educación y la práctica política. Las expresiones más universales y concretas de esa cultura se encuentran en Simón Bolívar, y en José Martí y Fidel Castro, continuadores de la obra del Libertador. Es lo que hay que entender para conocer la cultura de Fidel.

Para concluir este encuentro de homenaje a Fidel Castro con motivo de su onomástico el día 13 de agosto reafirmemos las consignas que a lo largo de nuestra historia han expresado el ideal de Varela, de que Cuba fuera tan isla en lo político como en lo geográfico.

Independencia o Muerte, de nuestros mambises
Seremos libres o seremos mártires, de la Generación del Centenario
Patria o Muerte, nacida en los primeros años del triunfo, y
Socialismo o Muerte, de los tiempos más recientes

Concluyo estas palabras con aquella expresión del inolvidable Comandante Ernesto Che Guevara, definidora de la confianza en el futuro de la Revolución: *Hasta la victoria siempre.*

*El pensamiento de José Martí
en la Revolución cubana*

Palabras pronunciadas por Armando Hart Dávalos, Director
de la Oficina del Programa Martíana, en el evento José
Martí y la Ideología de la Revolución cubana, efectuado
en el Centro de Estudios Martiáneos el 19 de julio del 2008.

*El pensamiento de José Martí
en la Revolución cubana*

Palabras pronunciadas por Armando Hart Dávalos, director de la Oficina del Programa Martiano, en el evento **José Martí y la ideología de la Revolución cubana**, efectuado en el Centro de Estudios Martianos el 19 de julio del 2000.

El tema de la cultura y de su masividad está planteado como la principal necesidad política para el corto, mediano y largo plazo, tanto en lo nacional como en lo internacional.

Fidel, al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, se ha colocado nuevamente en la vanguardia ideológica universal para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo.

La Revolución cubana se ubicó en los años 60 en la avanzada del movimiento revolucionario internacional proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal. Hoy, en vísperas del siglo XXI, nuestra patria de nuevo se sitúa en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento filosófico —subrayo la palabra— de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura como genuina creación humana en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. En la esencia de la identidad cubana están los fundamentos filosóficos, políticos y sociales sin los cuales no es posible alcanzar un alto nivel de calidad y de masividad. Si encontramos las esencias filosóficas que sirvieron de orientación a nuestra historia política podremos asumir a plenitud el inmenso saber acumulado por el país, e incluso sería decisivo para entender la psicología individual

y social del cubano. Por ahí debe comenzar el debate teórico y extraer del mismo sus consecuencias prácticas.

En la cultura cubana **calidad** y **masividad** forman una unidad dialéctica de manera que si no se desarrolla una tampoco lo hace la otra. Si se extiende masivamente la cultura sin fundamentos cualitativos sólo se logrará populismo y superficialidad. Si se promueve la calidad sin tener en cuenta la masividad se creará una supuesta elite y no se insertará la cultura en los temas claves del desarrollo, y acaba empobreciéndose. Para una ofensiva moral y específicamente política que desarrolle a ambos hace falta, pues, abordar cuál es la columna vertebral de nuestra historia espiritual, y debe hacerse tomando en cuenta las raíces del movimiento intelectual de Occidente y su larga evolución.

Las debilidades del sistema imperialista norteamericano se hallan, en buena medida, en la ignorancia, desinformación y el tratamiento anticultural de esas claves. La pregunta es la siguiente: ¿es posible dominar el mundo que llaman unipolar sin una sólida cultura de base filosófica? Es el desafío que tienen ante sí los hombres que vivirán bien entrado el siglo XXI y aquellos que trabajamos para una vida superior en la próxima centuria que a muchos de nosotros individualmente no nos será posible disfrutar, pero será el siglo de nuestros hijos y nietos.

Hay dos corrientes fundamentales del pensar occidental. Tal como las vamos a caracterizar, se relacionan con las que en el lenguaje de la filosofía de Marx y Engels se conoce como oposición entre idealismo y materialismo. Pero busquemos una fórmula más comprensible para entender el problema en este tiempo que muchos llaman postmoderno. Esas corrientes son:

1. *La evolución del pensar científico* que concluyó en su más alta escala con el pensamiento científico racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.

2. *La tradición del pensamiento utópico* que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas tendencias, necesarias para el desarrollo y estabilidad han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la acción de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas. Martí hablaba de la necesidad de relacionar la capacidad intelectual del hombre y sus facultades emocionales. Entre ellas está incluida una de las esencias de las aspiraciones del Apóstol. Por esto hablamos del pensamiento filosófico de un lado, sobre el respeto a lo mejor y más depurado de las ideas científicas, y del otro, lo que se ha llamado pensamiento utópico. Es decir, las esperanzas y posibilidades de realización hacia el mañana.

Una filosofía que se corresponda con los intereses de los pueblos será aquella que articule uno y otro plano partiendo de la idea leninista de que *la práctica es la prueba definitiva de la verdad*. Y del principio martiano de *procurar la fórmula del amor triunfante*.

Un hecho importante de la historia de las ideas en Cuba está en que nacieron a partir de las enseñanzas de maestros

de escuela que se convirtieron en importantes forjadores de ideas filosóficas. Varela, Luz, Martí y Varona, educadores por excelencia, sentaron las bases del pensamiento filosófico cubano. Sus facultades pedagógicas les permitieron presentar con rigor un sólido pensamiento filosófico en forma asequible para la inmensa mayoría de las personas. Es que si en Europa la evolución de las ideas de Occidente llegaron a las cumbres del pensamiento filosófico y alumbraron la naturaleza de los hechos económicos-sociales, en Cuba, en el siglo XIX, sembraron la semilla de la educación y de la política culta.

Ciencia y utopía articuladas pueden y deben conducirnos a la práctica revolucionaria, sin ambas no hay revolución. Para ello, los cubanos hemos dispuesto siempre de una tradición cultural que desde los tiempos fundadores no puso en antagonismo las sanas creencias religiosas con los principios científicos, así pudimos asumir plenamente la mejor herencia del pensamiento científico y, a su vez, la tradición ética de raíces cristianas de forma válida tanto para creyentes como para no creyentes.

Hay un hilo conductor en la tradición espiritual de la nación cubana del que forman parte las ideas esenciales de la política de nuestra Revolución triunfante el 1° de enero de 1959. Félix Varela -dijo Luz y Caballero- nos enseñó a pensar. Podríamos agregar: Luz y Caballero nos enseñó a conocer, José Martí a actuar y Fidel Castro a vencer.

La política cubana tiene, pues, fundamentos filosóficos, culturales y específicamente éticos de carácter nacional y universal. Estos fueron los que nos llevaron a comprender el ideal socialista y a asumir como propio, en tanto método de investigación y guía para la acción, las concepciones de

Marx, Enge's y Lenin. A la vez, fue el pensamiento socialista el que nos permitió exaltar y comprender a cabalidad, y al más alto plano, la historia nacional.

En la tercera década del siglo XX, Mella y los que asumieron el ideal socialista y antimperialista nos ayudaron a rescatar las ideas martianas que habían sido escamoteadas o mutiladas en el período inicial de la república neocolonial. Hoy, cuando se produce una hecatombe de gran escala con la caída del socialismo real, tiene lugar un fenómeno a la inversa, es precisamente la tradición política y filosófica de nuestro país la que puede y debe ayudar a rescatar las ideas del socialismo internacionalmente y a fortalecerlas en lo nacional.

La tradición cubana que se expresa con nitidez en José Martí, especialmente en una hora como la presente, nos permite entender mejor las concepciones de Marx y lo que significa la aspiración socialista, han pasado 50 años de que iniciamos esta lucha. Con el derrumbe de la URSS se quebró el llamado socialismo real. La destacada participación de lo que un día fue llamada socialdemocracia europea, en las acciones criminales de la OTAN se le dio un tiro de gracia al pensamiento socialista en el viejo continente de cerca de dos siglos de historia. Europa se ha limitado, no sé por qué tiempo, para asumir las ideas socialistas nacidas en ella misma dos siglos atrás.

En cuanto a Cuba, lo haremos como corresponde, de forma creadora y actualizada que ayude a comprender la mejor tradición humanista de la llamada cultura occidental sobre el fundamento de la república con todos y para el bien de todos, el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre y la fórmula del amor triunfante que levantó como

bandera el Apóstol. Debemos, orientación del Partido, apoyarnos en las instituciones educacionales, científicas y culturales de la nación y divulgarlo internacionalmente.

Para conocer y promover el pensamiento martiano es necesario fortalecer las fibras éticas de las nuevas generaciones, para ello es indispensable estudiar dos siglos de historia de las ideas cubanas que se hallan en el corazón de lo que el Apóstol llamó *América de los trabajadores*.

El esclarecimiento de los conceptos éticos cubanos nos ha permitido arribar a una política eficaz. Por ello, hay que estudiar los fundamentos históricos, filosóficos y morales de la política cubana y extraer las conclusiones pertinentes.

Para los que hemos asumido el humanismo en sus más altos y nobles ideales, el tema ha adquirido en nuestros días capital importancia. Es tanta la confusión que ha engendrado el sistema dominante sobre el término **humanismo**, que su esclarecimiento constituye una necesidad cada vez más apremiante en el mundo de hoy y, en especial, hacia el mañana, abordarlo desde la óptica del pensamiento martiano y latinoamericano.

Con sensibilidad y formación martianas y apoyado e instado por la experiencia política de varias décadas en el seno de la más grande revolución, la cubana, que haya tenido lugar en este medio siglo en el hemisferio americano, he llegado a una conclusión que deseo transmitir.

La historia política universal desde los tiempos de la Revolución Francesa, es decir, hace más de doscientos años, ha registrado el debate de ideas y programas económico-sociales. El rasgo definitorio de los partidos y

organizaciones políticas en general ha sido dado por las posiciones que asumen ante la problemática social y económica. Esto constituyó un gigantesco paso de avance en relación con los siglos anteriores al 14 de julio de 1789.

No obstante las elaboraciones filosóficas que se hayan podido hacer durante la edad moderna sobre la ética, la cuestión quedó relegada en el campo de las ideas políticas y sociales -donde estaban y están precisamente los desafíos reales- a un plano muy secundario. Y es que esto solo puede superarse a partir del materialismo histórico. Aunque Federico Engels sentó en sus últimos trabajos las bases para ello, nunca se esclareció en el orden filosófico ni en el político la relación entre las leyes económicas y las categorías de la superestructura.

Cada una de las fases de la historia económico-social tiene una «moral» impuesta, nacida de la enajenación humana. Frente a ella surge otra radicalmente opuesta cuya más consecuente definición la dió el maestro cubano José de la Luz y Caballero cuando caracterizó «la justicia como el sol del mundo moral». Esto, en su acepción universal, constituye una necesidad de la naturaleza humana. ¿Qué le faltó en esencia a la modernidad en Estados Unidos y en Europa?

No fue reconocido intelectualmente con el rigor necesario el papel de la ética en su relación con la historia real. En la historia de Occidente el tema de la ética ha sido asunto cardinal de las religiones, he ahí la razón de su fuerza. Lo han abordado también especialistas, intelectuales y académicos, pero sin explicar su influencia decisiva en el nacimiento, desarrollo y muerte de las civilizaciones, y es que nunca se llegó a entender el valor que objetivamente posee, ni mucho menos extraer sus consecuencias filosóficas y

prácticas, el espíritu asociativo y solidario, y sus fundamentos objetivos en la evolución natural que forjó y desarrolló al hombre y marcó su singularidad en el reino animal. No se ha aprendido de la historia natural una de sus claves: la asociación de sus elementos componentes que forjaron la vida. No ha sido suficientemente tomado en cuenta que la vida espiritual y moral tiene enormes posibilidades de desarrollarse y enriquecerse promoviendo a un plano más alto el papel de la educación y de la cultura y ella es la síntesis necesaria para la interrelación entre los factores esenciales de la vida individual y social.

Los instintos animales presentes en sectores, grupos, clases e individuos le han opuesto siempre obstáculos a la cabal comprensión de estos propósitos.

Obviamente, esta función de la cultura y de la ética sólo se manifiesta a plenitud cuando se articula con la ciencia, unida a un concepto integral de la misma, concebida como lo creado por el hombre a partir de la transformación de la naturaleza. Es necesario, asimismo, tener una visión de sus raíces históricas con el apoyo de la filosofía, la sociología, la psicología, la antropología, entre otras disciplinas.

La singularidad humana en la historia universal está en que el hombre toma conciencia de su propia existencia, de su pertenencia a la naturaleza y se plantea como exigencia descubrir y descifrar el misterio de lo desconocido. El hombre es un ser bio-sico-social. El trabajo, que es en esencia un hecho cultural, está como un peldaño inicial de la historia del hombre. Es el único ser viviente que tiene este reto, de ahí nace la cultura hasta convertirse en segunda naturaleza. Ella es, a la vez, claustro materno y creación de la humanidad. No hay hombre sin cultura y

ésta no existe sin el hombre, y este afán por descubrir lo lleva al extremo de intentar encontrar el sentido de su creación. No hay, obviamente, respuesta racional a este interés humano, sin embargo, en parte la puede hallar aquí en la Tierra cuando asume que todos los hombres sin excepción tienen derecho a una vida plena de felicidad tanto material como espiritual y, por tanto, facilitar que supere la enajenación social a que está sometido. Ahí nacen la ética y la necesidad de ejercer la facultad de asociarse que Martí sitúa como secreto de lo humano, y es que en Cuba hicieron síntesis y se recrearon aspectos muy relevantes del acervo espiritual de Occidente.

El crisol de ideas martianas sobre la ciencia del espíritu es extraordinariamente elocuente y es que en Cuba hicieron síntesis y se recrearon los aspectos más relevantes del acervo espiritual de cultura, entre ellas:

- La más pura y consecuente tradición ética de raíz cristiana.
- Las ideas más avanzadas de las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX.
- La influencia más desprejuiciada y revolucionaria de la masonería del siglo XIX, sobre todo en el Oriente del país y en los umbrales de la Guerra Grande.
- El sentimiento libertario y de emancipación de la población esclava.
- La tradición revolucionaria bolivariana e iberoamericana y caribeña.

No nos atenemos a sistemas filosóficos impuestos desde Europa, no procuramos un sistema, procuramos una acción ética y revolucionaria en la vida. Todo esto se exalta en más alto grado en José Martí.

Para arribar a conclusiones acerca del núcleo de la filosofía y la historia cubanas, es necesario analizar cómo llegamos a estas ideas y los puntos de referencia que lo conforman:

- Los métodos electivos en la búsqueda del conocimiento y los caminos de la acción.
- Los principios de José de la Luz y Caballero: todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela, la justicia es el sol del mundo moral y la ciencia es una y se divide a los efectos del conocimiento.
- Las ideas martianas sobre el equilibrio tanto en lo individual como en lo social y de echar la suerte con los pobres de la tierra.
- La importancia de la educación y la cultura en la transformación social a favor de la justicia entre los hombres y sobre el fundamento de la utilidad de la virtud y de ser culto es el único modo de ser libre.
- La cultura latinoamericana y caribeña a las cuales pertenecemos.

En nuestro país, en los finales del siglo XVIII y primeras décadas de XIX, las ideas de la modernidad no se vieron afectadas por las contradicciones clasistas que tuvieron lugar en Europa y en los propios Estados Unidos. La llamada modernidad europea fue asumida por la cultura cubana un siglo antes que en España y en los tiempos en que en el viejo continente ya se había producido su primera gran crisis en 1815, con la derrota de Napoleón y la instauración de la Santa Alianza. Esto último distorsionó, a partir de las ambiciones de las clases prevalecientes, las mejores ideas revolucionarias del siglo XVIII con sus antecedentes culturales en los enciclopedistas y la ilustración. Estas habían perdido su riqueza en la Europa de la primera mitad del siglo XIX. En la Cuba de ese tiempo

histórico emergieron con su pureza original y fueron reelaboradas y desarrolladas en función de nuestras situaciones específicas. Entre los factores que a lo largo de esa centuria repercutieron de una manera muy especial sobre nuestro país figuran:

- La necesidad de abolir la esclavitud.
- La necesidad de liquidar el sistema colonial europeo en América.
- El desarrollo y expansión de los Estados Unidos a lo largo de aquella centuria, que sentó las bases del imperialismo moderado.
- El crecimiento acelerado de la población esclava de origen africano y de trabajadores blancos traídos de España y de otras latitudes forjó, como conjunto, una composición social de masas que sufrían la doble explotación nacional y de clases.

A partir de lo más puro de las ideas filosóficas, políticas y sociales del siglo XVIII y recreadas sobre el fundamento de una diferente composición social a la europea, alcanzaron originalidad en el pensamiento humanista cubano decimonónico. Hay, pues, que estudiarlo no con una óptica europea, sino latinoamericana y caribeña. En Nuestra América, y en especial en Cuba, los más importantes héroes de la guerra tuvieron una alta sensibilidad filosófica y en algunos casos un pensamiento maduro en relación con la historia cultural y espiritual.

El genio militar de Bolívar no fue incompatible, sino que está muy articulado con una profunda concepción cultural. Si se compara con héroes europeos de similar tiempo histórico, por ejemplo, Napoleón, se ve que en este último sus méritos quedan ubicados en el campo de la acción y la

inteligencia militar, y determinada destreza política. En cambio, en Bolívar, su acción está acompañada de una visión trascendente y de una exaltación del papel de la educación y de la cultura en la transformación del hombre.

Esto tiene una gran significación si se hace la comparación entre los héroes cubanos del siglo XIX con los europeos. En Cuba están impregnados de un sentido apostólico y redentor que se revela por la influencia de la cultura y la educación.

En esto influye el hecho de que las ideas libertarias en América y el pensamiento científico que las acompaña no se presentan en antagonismo con la fe o la creencia en Dios. Desde la ética cristiana, en muchos de nuestros países se exaltó la lucha por la libertad y la independencia. En la cultura latinoamericana no entraron en antagonismo ciencia, ética y política, y cuando se observan contradicciones se manifiestan como deficiencias culturales presentes en toda historia.

La cultura latinoamericana tiene un fuerte carácter y objetivos desalienantes. Ahí nace su contenido espiritual. Hoy puede apreciarse que el estudio de la enajenación es un factor clave para encontrar los caminos del socialismo. Se manifiesta en dos aspectos: la desalienación con su propia labor productiva y la que desarrolla con el producto de su trabajo. Todo esto condiciona el extrañamiento humano. Para su solución no sólo se reclama asegurar la apropiación de los medios de producción por vía de la propiedad social a fin de facilitar la participación de todos en el desarrollo histórico, sino también un cambio en la conciencia humana, porque la enajenación incitada por la propiedad se refleja en la propia conciencia individual y repercute so-

cialmente; estará siempre en los seres humanos hasta tanto se forje el hombre nuevo de que nos habló el Che. Solamente así se garantiza la consecución del ideal socialista.

Todo esto supone confianza en el futuro sobre el fundamento del trabajo y la creación intelectual que en la tradición de nuestra América nos llevó a rechazar el clericalismo conservador. No sucedió así en Europa decimonónica, donde la ética con fundamentos reaccionarios exacerbaba la alienación humana. En nuestra América, creyentes o no creyentes podían asumir el cristianismo en su acepción humanista más pura como se recibió de su mejor tradición espiritual. América asumió lo que viene de fuera y lo ha reelaborado y presentado de forma original.

Un rasgo distintivo de nuestro humanismo está en asumir los mejores valores de la cultura occidental desde los intereses de los pobres y explotados del mundo y con un sentido radicalmente universal. ¿Cuál es el déficit del pensamiento occidental que el humanismo de la cultura cubana aspira a superar?

Para explicarlo resulta indispensable encontrar nuevas categorías filosóficas diferentes a las elaboradas en otro espacio y tiempo: las de la Europa decimonónica. Desde luego, debe tomarse como punto de referencia para procurar nuestras propias formas de entender la filosofía.

El tema de lo real hay que plantearse con rigor filosófico y no en la forma fragmentada y superficial en que suele abordarse. La insuficiencia de las ciencias sociales en el sistema dominante a escala internacional está en que no tienen en cuenta un aspecto clave de la realidad objetiva. ¿Y cuál es ese aspecto que no tienen en cuenta? La miseria

actual y creciente que alcanza a la mayor parte de la población en África, Asia y América Latina e, incluso, a sectores importantes de los países más desarrollados. Superar esta situación junto a la destrucción sistemática de la naturaleza es el mayor desafío que tiene el hombre hacia el siglo XXI.

Este tema apreciado desde el plano científico en tanto ignorancia de lo real, es lo esencial de una ética verdaderamente humanista, que aspire a desarrollarse sobre sólidas bases hacia el futuro. Ignorar el dolor humano es el gran crimen del sistema social predominante.

El humanismo para ser tal debe partir de la realidad integral del hombre y no de la forma parcial, y muchas veces mezquina, con la que ven la realidad los intereses creados a escala internacional. El Apóstol señala lo insostenible de esos enfoques. Veamos:

El que pone de una lado por voluntad u olvido una parte de la verdad cae, a la larga, por la verdad que le faltó que crece en la negligencia y derriba lo que se levanta sin ella.

Hegels afirmaba que tanta realidad había en la monarquía francesa del siglo XVIII como en la revolución que aquella sociedad llevaba dentro. Para estudiar las nuevas realidades de hoy es indispensable partir de categorías distintas a las que han prevalecido hasta aquí. Es indispensable hacerlo a partir de tres planos que se expresan en los conceptos identidad, universalidad y civilización. Defendemos la expresión universalidad como complejo de identidades y subrayamos que la civilización a que se aspira debe satisfa-

cer las necesidades materiales y espirituales de los hombres.

Aquí también se requiere del más elevado pensamiento dialéctico. Es necesario hallar los vínculos más entrañables entre ellos y articularlos como si fuéramos artistas de la historia. Estamos en el deber, en filosofía, de hacer en el siglo XXI lo que se hizo a principios del XX en literatura, es decir, asumir el legado intelectual europeo, renovarlo y actualizarlo y procurar con originalidad, que resulte eficaz para encontrar nuevos caminos para Nuestra América. El análisis que estamos haciendo es necesario llevarlo a cabo con independencia de los procesos intelectuales e históricos que hayan tenido lugar en otras zonas del mundo, luego podríamos hacer las comparaciones debidas. De esta manera estaríamos actuando en la forma en que nos recomendaba Carlos Marx.

Cuba lo puede realizar porque es una consecuencia histórica de los mejores ideales de la edad moderna. Cuando tales valores han sido lanzados por la borda por el materialismo vulgar y grosero impuesto en el mundo que llaman unipolar, debemos defender con más fuerza las ideas del humanismo, la justicia y la dignidad humana.

En Nuestra América existe una larga y arraigada tradición de espiritualidad y de eticidad que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor de alcance universal. Esto explica los importantes movimientos de ideas que han tenido lugar en el último medio siglo:

- La renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara.

- La explosión artística y literaria, y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuerte en Alejo Carpentier y lo real maravilloso.
- El pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo.
- El movimiento de educación popular.

Hoy es más necesaria que nunca antes la promoción del pensamiento latinoamericano desde la óptica de Cuba. Nuestro país cuenta con una hermosa tradición ética y una cultura política que articuló el ideario martiano con las aspiraciones sociales más radicales. La escuela cubana ha jugado un papel importante en este proceso. El propio Fidel destaca esa tradición patriótica en *La Historia me Absolverá*:

Vivimos orgullosos de la historia de nuestra Patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos.

Cuando nuestro Comandante en Jefe desencadenó un amplio movimiento de masas en relación con la educación a partir del triunfo de la Revolución el pensamiento del Apóstol «*Ser culto es el único modo de ser libre*» se convirtió en principio emblemático de nuestro quehacer educacional. Martí seguía teniendo mucho que decir ante la colosal batalla que se iniciaba y los mejores maestros de Cuba, formados en la tradición martiana, desempeñaron un papel clave en el triunfo alcanzado por nuestro pueblo.

Para realizar una política concebida a escala social es indispensable promover la relación entre el derecho, la

ética y la educación. En ella hay un rasgo distintivo de la historia política de Cuba. Garantizar la fuerza y unidad de la relación establecida hacia un futuro en que ya no estará presente la generación del centenario es el gran reto que tienen ante sí las nuevas generaciones.

En el amor a la Patria y a la tradición intelectual cubana que postulaba Don José de la Luz y Caballero está la justicia como el sol del mundo moral. Martí completó el pensamiento de los grandes maestros que le precedieron y situó la necesidad de vincular la educación con el trabajo. El crisol de ideas martianas sobre la ciencia del espíritu es extraordinariamente elocuente. Asimismo, se puede apreciar de manera muy clara cuando se estudia el pensamiento martiano en cuanto a la educación, la moral, la inteligencia, la creatividad, la cooperación y solidaridad humana. Él nos habló de la relación entre la inteligencia y la bondad y la existente entre la estupidez y la maldad.

Estimular desde muy temprana edad el espíritu de cooperación para fines comunes, desarrollar la inteligencia y proclamar la utilidad de la virtud para ser felices, está en el corazón de su ideario pedagógico y filosófico. Gran responsabilidad tienen para tales propósitos nuestros educadores.

Todo proceso revolucionario requiere, para mantener la continuidad en el tiempo, de la articulación entre la cultura jurídica y la educación ética que responda a la historia y mejores tradiciones del pueblo. Esto sólo es posible con una práctica política culta que tome en cuenta factores económicos y los móviles que estimulan y orientan a los hombres individual y socialmente. Pero no lo estará a la escala que necesita el socialismo, si no se sitúa como hemos insistido,

la ética y la cultura como factor esencial de orientación del desarrollo económico y social.

Quebrar los vínculos entre economía, derecho y ética con una política divisionista y oportunista es uno de los errores teóricos y prácticos cometidos en el llamado socialismo real, pero el mal no nació con él, propiamente lo heredó. Ninguna civilización ha estado exenta de este desequilibrio. El socialismo debe y puede proponerse asegurar el equilibrio entre ética y derecho asegurando los intereses y aspiraciones de las grandes mayorías de la población. Cuando un régimen social no defiende y representa los intereses mayoritarios, la ruptura entre la ética, la economía y la política es inevitable, pero cuando lo hace, está en posibilidad de mantenerse y desarrollarse. No lo hizo el socialismo real por incultura, no extrajo las conclusiones filosóficas ni las consecuencias políticas que se derivaban de articular, sobre el fundamento de la igualdad social, las siguientes categorías: la moral, la jurídica, la económica y la política pueden articularse sobre el fundamento de la igualdad social. Era necesario alcanzar una elevada cultura y conciencia moral universales.

En el amor a la patria y la tradición intelectual cubana que postulaba Don José de la Luz y Caballero, está la justicia como ese sol del mundo moral.

En las ideas de Martí, en la filosofía cubana y en las enseñanzas de Fidel es posible encontrar la comprensión necesaria de que sólo hay posibilidad de marchar hacia delante superando lo coyuntural y teniendo siempre a la vista lo esencial: la necesidad de actuar hacia el futuro a mediano y largo plazo sobre el fundamento de las ideas

socialistas y martianas y que en ello reside la clave del éxito de nuestra acción política inmediata.

En el Pleno de la Unión de Periodistas se analizaron las razones de la explosión internacional que han tenido la música y las artes plásticas cubanas en los años recientes. Es importante analizar este hecho y extraer consecuencias. En el país se ha producido ese estallido no sólo en estas ramas, sino en la cultura en general. En la música y en la plástica se revela con fuerza especial.

La enorme tradición musical cubana, de profunda raíz popular, tenía largos antecedentes históricos, pero con la Revolución adquirió, además, un nivel superior gracias a las escuelas de arte. Algo similar sucedió con la plástica que desde los años 20 venía gestándose con originalidad muy vinculada al movimiento de arte moderno. La Revolución les brindó el apoyo de las disciplinas académicas y amplias posibilidades para su difusión; siguió una política coherente con ambas ramas y pudimos alcanzar un grado superior, masividad y calidad. La esencia del problema está en las raíces inmediatamente populares de nuestro arte y el gran esfuerzo educacional que con respecto a las mismas hizo la Revolución.

Lo más interesante en cuanto a esto se halla en que no se trata sólo de estas dos ramas. Las ideas pedagógicas y filosóficas cubanas están germinalmente en posibilidad de alcanzar una dimensión internacional de vastas proporciones; tienen dos siglos de historia y están vinculadas a las más inmediatas necesidades populares. En nuestra centuria se relacionaron con las ideas del socialismo. Cuba tiene una riqueza intelectual que ejercerá una influencia cada vez mayor en el mundo. Tendrá incidencia en ello lo

que hemos llamado la cultura de hacer política que representan José Martí y Fidel Castro. Si logramos que se haga llegar a las nuevas generaciones de cubanos podrán ejercer una influencia política, filosófica y cultural en general de enorme repercusión.

Es necesario saber diferenciar y a la vez relacionar la ideología -entendida como producción de ideas- la ciencia, la ética y la política. En el llamado socialismo real se confundieron estas categorías y no se supo relacionarlas. Sólo con el pensamiento dialéctico materialista podríamos hacerlo y así arribar a una política como la que necesita la Revolución tanto para lo interno como para lo externo, y cuya más alta escala se presenta en lo que hemos llamado «la cultura de hacer política de Martí y de Fidel». Esa cultura, la más consecuente y profunda de Occidente, parte de una altísima sensibilidad ética lo que permite diferenciar y relacionar estas tres categorías en la práctica política concreta.

Para comprender y orientar la acción en esta dirección el país reclama de las personas de mayor sensibilidad, inteligencia, conocimiento y cultura, integren un esfuerzo común de todo el pueblo para abordar los nuevos y complejos retos que tienen ante sí las ciencias sociales, políticas, culturales y humanistas. La idea clave está en desterrar la divisa de **divide y vencerás**, y en exaltar la de **unir para vencer**.

Estos son tiempos para un humanismo que relacione cultura y desarrollo, que nos permita asumir con ética y ciencia la globalización. Fidel había dicho en el V Con-

greso de la UNEAC, y lo ratificó en el VII Congreso de la UJC, que lo primero que había que salvar era la cultura. Esto es, precisamente, lo más importante para la política cubana, su urgencia inmediata en lo interno y en lo internacional.

Martí, con su fina sensibilidad, no vacila en calificar la política de arte y nos aporta esta lúcida definición:

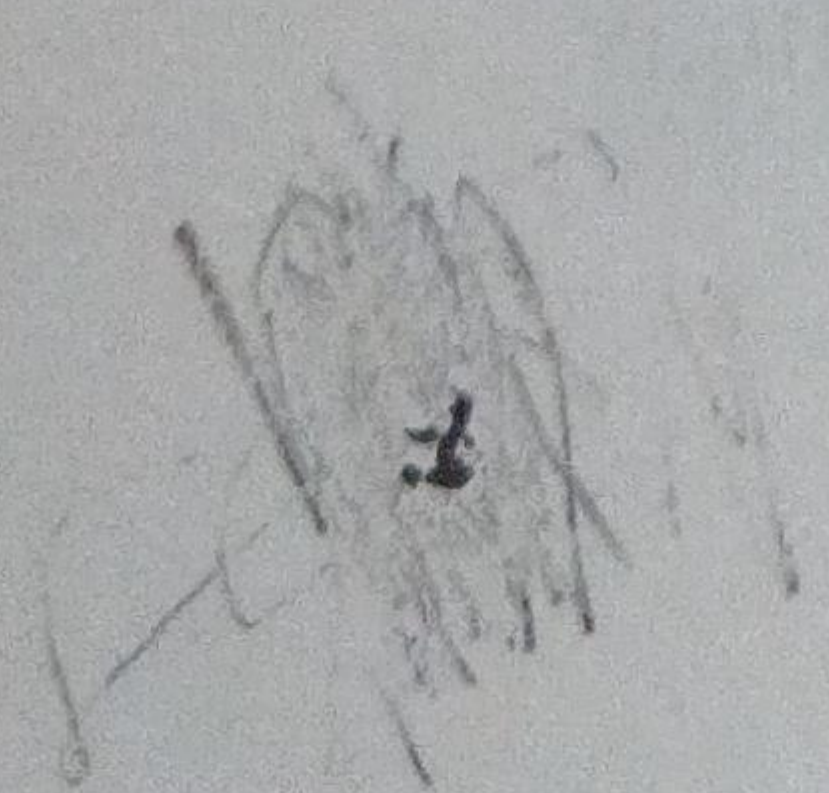
La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.

También sentenció el Apóstol que la facultad de asociarse es el secreto de lo humano, de ahí que todo se hará gestionando la cooperación, desarrollando el entusiasmo sobre los fundamentos de la tradición política, cultural, martiana y socialista cubanas. Vertebrar todo este empeño estará en consonancia con la ética revolucionaria y con la concepción humanista que hemos ido creando y que debemos transmitir a las nuevas generaciones. Fortaleciendo esta línea de trabajo podremos llegar a convertir a Cuba en "universidad del continente". Si trabajamos todas las generaciones juntas, las más jóvenes y las mayores en estrecha unidad, resaltando el espíritu de cooperación y los valores presentes en la historia nacional cubana, podremos responder al reto martiano de injertar el mundo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas.

Concluyo con un pensamiento de Fidel Castro:

*El gran caudal hacia el futuro de la mente humana
consiste en el enorme potencial de inteligencia gené-
ticamente recibido que no somos capaces de utilizar.
Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir (...)*

que es clave y síntesis de lo que hemos dicho o puede decirse.



El fracaso de los moderados

Publicado en el periódico **Granma**, el 22 de agosto
del 2000

En un libro de gran interés Jorge Ibarra (hijo) explica y documenta lo que desde el mismo título llama el fracaso de los moderados. Se refiere esencialmente a los años 1957-1958. Para quienes conocimos este proceso, como actores, confirmamos ahora, en forma documentada y con rigor histórico, la visión que teníamos entonces acerca de las contingencias políticas vividas en los años en que se gestó el triunfo de la Revolución. Emociona recordar cómo desde entonces en el Movimiento 26 de Julio valorábamos estos problemas de forma similar a como hoy lo hace el historiador. El libro aporta elementos para una reflexión de interés actual y hacia el futuro de Cuba.

Se confirma que la más alta dirección de Norteamérica, el presidente Eisenhower, no prestó la debida atención a la política norteamericana hacia nuestro país sino a última hora. Está probado que un asunto tan delicado como resultó ser la Revolución cubana, el ascenso político de Fidel, la guerrilla y el Movimiento 26 de Julio fue manejado por funcionarios del *establishment* sin informar al presidente sobre la política que venían desarrollando. Este hecho me hizo recordar una observación del Che de que en este período el imperialismo «estaba dormido», pero que después se había despertado.

En ocasión del sepelio de los mártires causados por los bombardeos precedentes a la invasión a Playa Girón, nuestro Comandante en Jefe afirmó que habíamos hecho una Revolución socialista en las narices del imperialismo. Por cierto, la proclamación del carácter socialista de la Revolución, acontecimiento trascendental que en otros lugares y tiempos históricos hubiera dado lugar a una solemne y formal declaración de principios, en Cuba se llevó a cabo por medio de una expresión llena de gracia criolla.

Leyendo el libro de Ibarra y con la experiencia de haber vivido desde dentro el proceso de los años 50, adquiero mayor conciencia, si cabe, de la increíble superficialidad y falta de realismo con que analizaban la situación del país los políticos y especialistas de mayor experiencia e inteligencia de los grupos dirigentes, tanto del gobierno de Batista, de la oposición burguesa como del propio imperia- lismo. Se negaban a admitir la naturaleza de lo que estaba sucediendo. Había un prejuicio ideológico que les impedía un análisis certero. Ello constituye toda una lección acerca de cómo el odio nubla la inteligencia y confirma la sabiduría del viejo refrán: «Dios ciega a quien quiere perder».

La crisis de los partidos y organizaciones burguesas cubanas en los años 50 era la de todo el sistema neocolonial. Si aquellos intentos no resultaron válidos a mediados de la centuria próxima a concluir, cómo van a tener sentido hacia el siglo XXI cuando se acelera la decadencia de este sistema en el mundo. Cómo se puede intentar con realismo la vuelta atrás de una nación que ha hecho la Revolución y ha probado, a lo largo de su historia, que no son viables las medias tintas: que ha llevado a cabo una transformación revolucionaria mostrando las enormes potencialidades que tiene sostener una posición genuinamente independiente.

Basándome en idéntica visión a la brindada por Ibarra, señalo en mis memorias de los años 50, *Aldabonazo*, cómo Fidel, con su genio, hizo la más nítida caracterización de la composición social de la Cuba de entonces cuando trazó la definición de «pueblo si de lucha se trata»... Léase ese texto y se confirmará, sobre fundamentos bien objetivos, cómo era el pueblo cubano en esa época: calcúlese lo que es hoy después de haber conquistado, hace más de 40 años, sus derechos conculcados y adquirir alta instrucción. Si se

hace este análisis se comprenderá la certeza de que no hay moderación posible cuando se trata de defender la independencia de este país.

En el programa de redención humana y social contenido en *La Historia me Absolverá*, que como una constante recorre la historia de Cuba durante más de 45 años, se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con medidas emancipadoras económicas y sociales. Constituye un elemento medular de la unidad nacional que en el siglo XIX José Martí forjó y que en nuestra centuria Fidel enriqueció y desarrolló.

Los que pretendan destruir estas premisas de la unidad nacional encontrarán la misma determinación que en su momento expresara José Martí en su conmovedora frase: «(...) ¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!»; y la de Antonio Maceo en aquella otra expresión memorable: «quien intente apoderarse de Cuba sólo recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

La transformación de la realidad para crear una nueva situación que estaba viva en el sustrato de nuestra historia fue asumida por aquellos que encarnaban el sentido utópico que está presente desde nuestro nacimiento como nación y que expresa las nobles aspiraciones de las masas irredentas, los trabajadores y los estudiantes. Orientados por un realismo radical, transformaron a la nación cubana.

Sería bueno que los pretendidos defensores de un realismo conservador postmoderno a escala internacional aprendieran la lección porque si no analizan las graves situaciones

que están en el fondo social, económico y cultural del mundo actual la realidad los trascenderá y no podrán hallar caminos de solución, ni siquiera para sus propios intereses.

Pero los acontecimientos cotidianos también confirman la gravedad de la situación, apréciase lo ocurrido en Seattle. Alguien me dijo que por allí comenzó el siglo XXI, tómese nota también de lo ocurrido en Ecuador, en Venezuela, examínese la situación de Colombia. Hay muchos ejemplos más que aportar a esta lista. Está emergiendo a la superficie de manera inequívoca la exigencia de cambios cuyos resultados son imprevisibles.

El realismo, para ser tal, debe ser profundo. Hay que comprender que en Cuba nunca se estableció un capitalismo independiente capaz de generar una cultura nacional propia, lo cual tiene fundamentos económicos y políticos muy profundos y por tanto ella nace y se desarrolla como cultura de emancipación nacional con profunda vocación universal y latinoamericana.

Para entenderse con Cuba hay que conocer su historia y la realidad de hoy. El libro de Jorge Ibarra nos ayuda a comprender mejor ese pasado y viene a confirmar, con todo el rigor de la investigación histórica, que la crisis del multipartidismo en Cuba hay que buscarla en la incapacidad de aquellos partidos burgueses de hacer frente a la dictadura y abrir cauce a la solución de los verdaderos problemas del país.

El texto de Ibarra puede resultar útil para que los gobernantes actuales y futuros de Norteamérica comprendan la realidad cubana de hoy y la posible del mañana. El fracaso de esa corriente moderada está presente como una constante durante cerca de doscientos años de historia patria.

Recuérdese a los anexionistas, a los reformistas, a los partidarios de la autonomía de Cuba en relación con España y confírmese adónde fueron a parar históricamente los que se proponían mediar entre la Revolución cubana y sus enemigos irreconciliables. No hay más alternativa para ellos que reconocer la existencia de una Cuba como la soñada por Martí, como la que más tarde resumiera el verso de Guillén: «*te lo prometió Martí y Fidel te lo cumplió*».

Es indispensable que esta visión objetiva de nuestra historia se conozca en los Estados Unidos y en el mundo. Sólo con tal enfoque es posible alcanzar la aspiración del Papa en La Habana, de que Cuba se acerque al mundo y éste se aproxime a nuestro país. Se debe valorar lo anterior para que se pueda llegar a conclusiones válidas, políticamente hablando, para hoy y hacia el futuro.

Desde los tiempos del radical sacerdote Félix Varela, del apóstol José Martí, de los revolucionarios Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras, y de los que asaltaron la segunda fortaleza militar de Cuba en 1953, y los que desembarcaron del yate Granma, desencadenaron la guerra de guerrillas y la lucha clandestina, la historia ilustra que las fórmulas conciliadoras de intereses radicalmente contrapuestos están condenadas al fracaso. En todos esos períodos, los moderados han sido los verdaderos ilusos y ajenos a la realidad.

Un ejemplo reciente, bien elocuente de lo que señalamos, es el de nuestro niño Elián González y la ejemplar conducta de su padre Juan Miguel y de toda su familia. Aquí se puso en evidencia algo que también el Apóstol subrayó cuando destacó la relación entre la inteligencia y la bondad, y la que existe entre la maldad y la estupidez. El pueblo cubano, con solidaridad, amor e inteligencia vencerá siempre.

*Renovar la modernidad
desde la Ilustración*

Inédito

Ciertos medios intelectuales europeos vienen insistiendo desde hace algún tiempo en encontrarle respuesta a los desafíos del mundo actual a partir de renovar la modernidad desde ella misma. Nos parece muy loable el propósito aunque resulta indispensable tomar en cuenta que los procesos que dieron lugar a la modernidad asumieron formas muy diversas en cada país y zona del mundo. Presento aquí cómo observamos desde Cuba esta noble aspiración.

Tomando como punto de partida a Europa, escenario original donde se desarrollaron los procesos que conocemos como modernidad, existen otros dos espacios histórico-culturales que exigen también un análisis particularizado: Norteamérica y América Latina y el Caribe. En relación con Europa y Norteamérica voy a apoyarme en los análisis hechos por intelectuales y académicos de esas regiones y que son compartidos en parte o vistos con gran interés por nosotros. Para realizar el examen de la modernidad en Nuestra América voy a partir de cómo apreciamos el fenómeno desde Cuba.

En Europa se aprecia un proceso de decadencia espiritual que había anunciado desde hace 80 años el filósofo reaccionario Oswald Spengler cuando predijo que el siglo XX concluiría con una alta civilización y una enorme pobreza espiritual y cultural. Lo confirma ahora el interesante trabajo titulado *Pensar a Europa*, de Edgar Morin, en el que incita a los europeos a plantearse la necesidad de unir al viejo continente a partir de la historia de las ideas y sus raíces intelectuales y culturales asumiendo sus complejidades. Solo así -sostiene- podrá realizarse la noble aspiración superracional en Europa.

La ilustración alcanzó cumbres muy altas en lo intelectual. Ninguna civilización humana había arribado a más altas escalas en cuanto a destacar y fundamentar el poder de la capacidad humana de pensar, razonar, conocer y de los métodos científicos adecuados a estos fines. Es más, se elevó a un plano superior cuando Marx y Engels señalaron, sobre sólidos fundamentos científicos, que la filosofía hasta ellos se había encargado de interpretar el mundo y de lo que se trataba era de transformarlo.

En Norteamérica, las ideas liberales crecieron a partir de las gestas independentistas. Posteriormente, el pragmatismo y el individualismo propiciaron un proceso que hoy se caracteriza por la fragmentación cultural. Esto lo confirma de forma documentada Daniel Bell, profesor de la Universidad de Harvard, en su obra titulada *Las contradicciones interculturales del capitalismo*. Se trata de un intelectual que nadie puede situar fuera de los intereses generales del sistema norteamericano, que llega, sin embargo, a esta dramática conclusión: El modernismo está agotado y ya no es amenazador. El hedonismo remeda sus estériles bromas. Pero el orden social carece de una cultura que sea una expresión simbólica de alguna vitalidad o de un impulso moral que sea fuerza motivacional o vinculatoria. ¿Qué puede mantener unida a la sociedad, entonces? Seguidamente apunta: En esta disyunción reside la crisis cultural histórica de toda la sociedad burguesa occidental. Esta contradicción cultural constituye, a la larga, la división de la sociedad más cargada de consecuencias.

Por su parte, el australiano norteamericano Robert Hughes describe en detalle la fragmentación, o más propiamente la dispersión cultural estadounidense. Caracteriza la expresión «mundo bipolar» como una exquisita estupidez del

pensamiento imperial tardío. Desde Cuba, yo también me había preguntado desde que empezaron a emplear la frase si sería posible un gobierno en el mundo actual, y sobre todo hacia el futuro desde un polo como el norteamericano que carece de unidad y base cultural para desempeñar ese papel. Sin embargo, no había encontrado una expresión tan elocuente como la del autor estadounidense, quien hace también otras afirmaciones sumamente interesantes en esta misma dirección. Desde luego, hay algunas con las cuales no podemos estar de acuerdo, pero la línea central de su trabajo muestra la quiebra de la sociedad norteamericana para enfrentar las responsabilidades que pretenden asumir.

Las reflexiones contenidas en estos textos confirman que está teniendo lugar un verdadero declive en el pensamiento norteamericano. Su expresión más evidente está en que los derechos del individuo se han llevado a la exacerbación individualista con la que tratan de explicar intelectual y cínicamente el descontrol sobre la tenencia personal de las armas de fuego, el uso de drogas, que llegan incluso hasta las escuelas, la pornografía infantil y la violencia que desbordan los medios de comunicación masiva.

El diagnóstico que reflejan estos textos del intelectual norteamericano pone más en evidencia la actitud aborrecible de aquellos que con diferentes matices han intentado sea olvidada la tradición cultural cubana en donde ética y política se expresan en una identidad que cohesiona y vertebrata la vida espiritual de la nación. Lo que pretenden los enemigos de la Revolución es precisamente hacernos caer en el desorden, la desunión y la fragmentación de la historia de la cultura cubana y abrirle así paso al caos postmoderno. Ante esos fenómenos presentes en la sociedad norteamericana, las nuevas generaciones deben estar

muy alertas pues constituyen la fuerza determinante del futuro para hacer prevalecer una historia gloriosa e impedir caer en el «relajo postmoderno» -para decirlo con una expresión criolla.

Se observa también en estos especialistas preocupación y denuncia. La crisis de la postmodernidad en Norteamérica solo puede ser conjurada si desde su propio seno emergiera una respuesta inteligente y valiente al desorden moral prevaleciente.

Una de las diferencias distintivas de Martí con las simples abstracciones sobre el progreso y la libertad que se plantearon en Europa se halla en que el Apóstol descubrió y ejecutó formas de acción política prácticas para materializarlas y las lleva a cabo hasta sus últimas consecuencias sentando así las bases para su ulterior desarrollo. Sin heroísmo no hay progreso genuino. Es necesario acompañar todo este empeño con la educación y la transformación del hombre sobre la base de una ética genuinamente universal, tal como postuló el Che cuando habló de la formación del hombre nuevo. Sin esto no se podrán incluso aplicar certeramente las mejores esencias intelectuales de la modernidad, cuya más alta escala intelectual y moral está en el ideal socialista.

Para ilustrar cómo asumimos el proceso emancipador en América Latina y el Caribe, acudamos a algunos criterios expuestos por Alejo Carpentier a propósito de la revolución de Haití, la primera del proceso emancipador de Nuestra América. Decía que a diferencia de Europa, que se planteaba la independencia frente a la monarquía y a Dios, en nuestra área se le presentó como aspiración a la emancipación política y radical. La idea de la independencia del

hombre es llevada, pues, al terreno de las exigencias políticas y sociales más concretas.

Precisamente en Cuba -y es un ejemplo válido para América Latina- la modernidad se asumió en el siglo XIX sobre el fundamento de lo que hemos llamado cultura de la emancipación, la que llegó a nuestro país para contribuir a la formación de la nación, a partir del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, a principios del siglo XIX. Sus exponentes iniciales nos los representamos en Félix Varela (1788-1853) y en José de la Luz y Caballero (1780-1862).

Para cualquier análisis sobre la ilustración y la modernidad es preciso tomar en consideración las ideas y enseñanzas de estos grandes maestros. A partir de ellas José Martí promovió la renovación de las ideas revolucionarias europeas desde la óptica e intereses de la población esclava y explotada del Caribe, articulándola así con lo que hemos llamado la cultura de los Maceo.

En Martí aparece también como rasgo original la incorporación, a las ideas modernas, del análisis y denuncia del imperialismo. Todo esfuerzo de renovación en la modernidad en el mundo tendrá que tener muy en cuenta estas ideas del Apóstol cubano.

Hay dos planos sobre los cuales es necesario trabajar para arribar a una integralidad de nuestra acción y conducta hacia el futuro y retomar las mejores ideas de la ilustración enriqueciéndolas con la experiencia de más de doscientos años. Estos son *la evolución del pensar científico* que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional

y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.

La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces profundas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana. En la civilización occidental ellas se nutrieron inicialmente, y en su ulterior evolución, del cristianismo.

El libro titulado *La ciudad ausente. Historia del pensamiento utópico*, del español Rogelio Blanco Martínez puede resultar útil para estudiar este tema.

Cada uno de los planos mencionados, por separado, no tendrían la eficacia debida. La solución tiene que pasar por la articulación de ciencia y utopía apoyándonos en la educación y en las transformaciones económico sociales y es un asunto que se decide en la situación particular que determina la práctica política concreta. El pensamiento de José Martí nos ayuda a encontrar estos caminos.

Impreso por:
Imprenta de la Oficina Nacional del Programa Martiano
Septiembre del 2000
Oquendo No. 661 esq. a Estrella, Centro Habana,
Ciudad de La Habana, Cuba